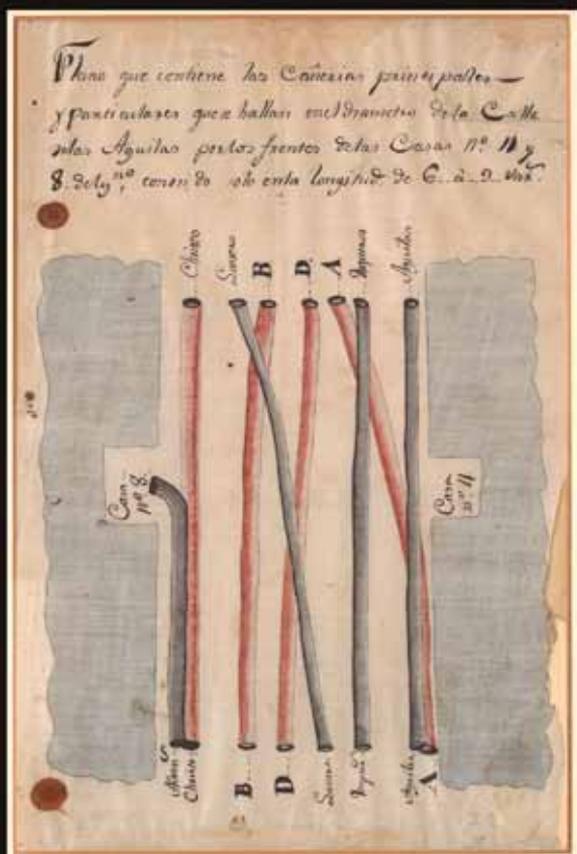


# IV Certamen Literario del Agua



RELATOS CORTOS  
EDICIÓN BILINGÜE ESPAÑOL-INGLÉS





IV Certamen Literario  
de EMASESA

Relato corto



# IV Certamen Literario de EMASESA



## Relato corto

José Antonio Ramírez Lozano  
Debora Joan Garber



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como su distribución.

© de los textos: sus autores, 2013  
© EMASESA METROPOLITANA, 2013

Depósito legal: SE 137-2014  
ISBN: 978-84-942807-2-6  
Diseño gráfico y producción: Ignacio Ysasi

Agradecimiento a los fotógrafos  
Raquel Vázquez y Marcelo César Augusto

Ilustración de portada:  
ÁGUILAS, Calle (Sevilla Ciudad) Cañerías. [1815].  
Plano que contiene las cañerías principales y particulares que se hallan en el diámetro de la calle de las Águilas por los frentes de las casas n° 11 y 8, del yusano conosido solo en la longitud de 6 a 9 varas. Sin Escala.  
1 croquis: manuscrito, color, tinta y acuarela sobre papel entelado 20 x31 cm.  
Archivo de EMASESA.  
Colección de Planos.

## Organiza



Centro de Documentación del Agua de EMASESA





La edición de este libro quiere ser una ventana al agua. Cuando se pasen las páginas y cerremos los ojos, podremos oír el rumor de las olas, el murmullo de la fuente, la lluvia que cae.

Desde aquí nos asomamos a diferentes paisajes donde habitan personas que beben y otra que padecen sed.

Estos textos se han elegido entre muchos otros porque nos cuentan cosas diferentes o lo hacen de manera distinta. Cosas que necesitamos leer y saber. Cosas como que, algunas veces, sobre los sedientos solo llueve silencio. En estas páginas está su voz. Cosas como que hay lugares en los que personas con el alma seca especulan con el agua y, si les dejamos hacer, un día nos encontraremos con que nuestra barca navega por un cauce seco y nuestros hijos lo mirarán todo con los ojos encharcados.

Todos nos asomamos a la vida igual que todos miramos el mismo mar. El agua es un problema de todos. De hecho, es

un problema tan grande que no lo podemos entender del todo sólo con la inteligencia. Necesitamos hacerlo también con el corazón. Por eso escribimos y por eso leemos.

La literatura sirve para tres cosas fundamentales y acumulativas: entretener, informar y enseñar. Todas estas funciones se maximizan cuando, además de leer, se escribe.

La mayor parte de nuestro cuerpo es agua. La mayor parte de nuestro planeta es agua. Sin embargo, sólo el 0,4% del agua que existe en el mundo es potable. Además, sufre el riesgo de contaminación. La Organización Mundial de la Salud indica que cada dólar gastado en saneamiento genera, de media, unos beneficios de 9 dólares en ahorro de costes y aumento de la productividad, lo cual la convierte en una de las intervenciones de desarrollo más rentables. El agua es un tema de todos.

Por eso son importantes estos textos, que no son escritos por especialistas, sino por personas que reflexionan en torno al agua y nos regalan gotas de sabiduría destilada en letras. Las páginas que siguen están repletas de responsabilidad individual y de conciencia social. Los textos que se presentan a este certamen literario vienen de todos los continentes y saltan todas las fronteras. No hay limitaciones por procedencia, por colores, por nivel cultural, por edades o por opiniones. El jurado literario que decide sobre ellos está formado por reconocidos escritores profesionales independientes.

Todo ese conjunto de factores hacen que este certamen literario no deje de crecer año tras año y que de muchos lugares nos lleguen textos que nos salpican con ideas que no habíamos pensado y con historias que no habíamos imaginado.

“El sueño de la viudita de Sanchís” es un excelente relato de José Antonio Ramírez Lozano, que nos introduce en un universo de soledades que habitan en un viejo edificio de Sevilla donde residen ancianos desdichados que sólo viven por el agua y se relacionan mediante las cañerías, lo que les permite experimentar otras vidas.

“La calle Lealtad”, de Debora Joan Garber, nos cuenta la historia de una tienda de éxito llamada “El Arca de Noé”, donde tenían todo tipo de productos para todo tipo de personas, pero los emprendedores dueños del negocio se enfrentarán a un desastre acuático.

En estas historias nos reconocemos algunos, pero en el espejo del agua nos reflejamos todos. En el limpio torrente de las letras nos empapamos de prudencia en el uso del agua.

Lo escribo aquí, pero se lee en el río: Mientras hay agua, hay esperanza.

Jesús Maza Burgos  
Consejero Delegado de EMASESA



# El sueño de la viudita de Sanchís

José Antonio Ramírez Lozano



Primer premio de relato corto





Dejaba abierto el grifo por la noche. La viudita de Sanchís, doña Catalina, odiaba el acecho de la soledad, por eso dejaba abierto el grifo. Nada, una gotita apenas, lo suficiente para sentirlo en las sombras y saber así que el mundo aún seguía latiendo. Un goteo que le procurase la compañía que necesitaba.

—Manías de la edad —la enmendaba doña Encarnación Luque—. Eso tuyo del grifo no es más que una de tantas manías que las viejas tenemos y una desconsideración con los recursos naturales, que lo sepas. Ya verás tú luego Emasesa, rica.

—Hija, cuando la vecindad te da la espalda, qué mejor compañía que la del agua. Tú, Encarna, porque tienes a tu marido, guapa, que si no.

A doña Catalina le hubiera gustado tener la vecindad de otros tiempos. Eso le hubiera conciliado con el

mundo. Pero aquel viejo edificio de la calle Recaredo se había ido quedando sin Conchita Contador, la del segundo, que murió del hígado la pobre. Y sin la Carlota del cuarto; o el matrimonio aquel de Paquita Ramos y Felipe, ella siempre cosiendo para la calle y él cobrador de la Catalana. La muerte había ido saqueando el edificio y trayendo otra gente. Gente joven que anda a lo suyo y no te da ni los buenos días cuando se cruzan con uno en el portal. Desidia de la edad que abre estas zanjias entre generaciones.

Doña Catalina la de Sanchís había perdido el apellido cuando el casamiento; ella siempre decía que lo suyo fue una entrega y no una pérdida. Y ahora en su viudedad el mayor de sus consuelos, porque el Sanchís de su marido no se le separaba de su nombre, mentándolos a los dos en uno. Doña Catalina la de Sanchís había sido toda su vida ama de casa, dada a la cocina y a las labores del ganchillo. Tanto que su casa no hubiera podido ser otra, acomodada a su gusto como la tenía, decorada con su punto de cruz y el verdor de sus aspidistras.

—¿Desperdiciar?! —se excusaba ella— Ni una sola gota que desperdicio, porque con el goteo de toda la noche riego yo luego mis macetas, ya ves tú.

En aquel viejo edificio de Recaredo no había cosa más viva y conciliadora que el agua. Ajenos como vivían los unos de los otros, sus inquilinos no tenían otro vínculo entre ellos que el agua. Aquella gran red de tuberías venía a ser la única arteria que entrelazaba sus vidas. Un agua que procuraba en vano la sociabilidad de la que sus abo-

nados consumidores carecían. Doña Catalina, en cambio, había ido ganando sensibilidad con el caudal oculto que vertebraba el edificio como una espina líquida y hacía posible la floración de sus geranios y el verdor fiel y discreto de sus aspidistras. Las regaba con el vaso, con el vaso mismo con que ella bebía, eso las hacía más humanas a ellas, al tiempo que compensaba su soledad. Miraba los balcones vecinos, un tiempo florecidos, y volvía a cerrar las ventanas porque al corazón no le cundiera el desánimo.

—Pues yo le digo a usted que gente que no tiene flores en el balcón no es gente de fiar, Catalina.

—Ya lo creo. El pobre de mi marido decía siempre que las flores son el lenguaje del corazón. Así que ya ve los de mi casa. Mudos. Corazones mudos todos menos el mío.

Don Fernando Sanchís del Amo, que en paz descanse, fue un funcionario probo de Correos, cortés y entusiasta donde los haya. No había un solo día que no le trajera una clavellina a casa. Y quien dice flor dice palabra, porque los más del año no eran flores lo que le traía sino lindezas con las que la venía requebrando desde que entraba por la puerta. La muerte acabó llevándoselo a los treinta y ocho de su edad, dejándole baldío el corazón para siempre. Doña Catalina jamás volvió a escuchar una palabra de amor. A doña Catalina no le hubiera importado encontrar un hombre que le dijera que la quería y la sacase para siempre del pozo de aquella soledad.

—Usted no está ya para esos trotes, Catalina. Si quiere que le diga la verdad más de una noche cambia-



ría mi marido por el grifo ese suyo del goteo con que se duerme.

Y no dejaba de tener su poquito de razón doña Encarna. Porque una de esas noches de julio que en Sevilla cortaban el agua por la restricción de la sequía, doña Catalina cayó en el desconsuelo del grifo, mudo como quedaba. Pero no. A eso de las doce pasadas la viudita escuchó un ruido gutural, uno como bisbiseo líquido que parecía venir del lavabo. Afiló el oído y echó atrás la sábana. Se levantó y fue derecha al lavabo. Gotear no goteara pero aquel bisbiseo procedía, sin duda alguna, del grifo. Pegó la oreja a su embocadura como si se tratase del auricular del teléfono y escuchó asombrada. Alguien hablaba por la red de sus tuberías.

—Lo tengo que hacer, cariñoooo.

Era una voz difusa con un timbre metálico y hueco, una voz de mujer.

—Si te vas, mi corazón se quedará huérfano para siempre, Sitaaa— le respondía otra ahora, bronca, de hombre.

Doña Catalina no pudo contener el asombro de su curiosidad y arrimó una silla tapizada de damasco que tenía a los pies de la cama.

—Sabes que te quiero, Vito, cariño. Pero tengo a mi madre con alzheimer y no puedo negarmeee.

—¿Y cuándoooo..?

—¿Cuándo quéeee?

—¿Que cuándo te vas?

—Uno de estos días. —sentenciaba ella con pena.

Luego, como por enmendarlo, añadía— Hoy te he visto al bajar la escalera. Me gusta esa corbata de seda que llevabas, cariñoooo.

Doña Catalina dedujo que los que hablaban eran inquilinos de la casa. Gente joven que no se hablaba en la puerta ni en los descansillos y que, mire usted qué cosa, se comunicaba de noche por las tuberías aprovechando el horario de las restricciones. Hacía tiempo que no escuchaba palabras de amor de las de verdad, no esas grabadas de las telenovelas. Aquellos seres eran incapaces de comunicarse en la calle y guardaban sus ternuras para la noche, aprovechando el cauce oscuro de las tuberías. Eso supuso para doña Catalina el descubrimiento de un mundo interior en el que estuvo enseguida tentada de participar. Y aguardó a la noche siguiente.

—Sita, estás ahííííí...

—Sí, cariño. No lo puedo aguantar. El día sin ti se me hace la sed, la noche el agua contigo, Vito.

Doña Catalina no se atrevía a participar. Sabía que con su voz echaría a perder aquel idilio. Se limitaba a soñarlo como suyo.

—Figúrate que viniera de pronto el agua, cariñoooo.

—Nos ahogaríamos los dooos. ¿A que te parece hermosooo?

—Nuestras voces se ahogarían para siempre y nos miraríamos por la calle como dos ahogados.

—Y cómo se miran los ahogadooooos?

—Los ahogados, como los enamorados, no duermen y sus ojos se abren en la noche igual que medusas fluorescentes.

Se produjo entonces un silencio que doña Catalina aprovechó para enjugarse una lágrima.

—Oye, Vito..

—Quéee

—¿Y no seremos ya ahogadooos?

Se trataba seguro del muchacho del tercero. La otra, la tal Sita tenía que ser la del primero por la lejanía de la voz. A doña Catalina le hubiera gustado que el suyo fuese un segundo para estar al medio, pero ella había vivido siempre en el quinto. Eso tenía también sus ventajas. Los geranios, por ejemplo, necesitaban un sol que no hubieran disfrutado en un bajo. Y la presión, la presión que tanto disminuía con la altura, ahora se convirtió en su aliada. Fue precisamente ella la que le dio la ocasión.

—Sitaaa.

—.....

—Sita. —insistía esa noche Vito— ¿Estás ahí?

Y Sita nada. Así que doña Catalina se dijo esta es la tuya Catalina. Y rompió a hablar.

—Aquí me tienes —hiló ella su voz—. Pensabas que me había ido. No, cariño, no te abandonaré jamás. El agua guarda nuestras voces en sus burbujas. Nunca te faltarán mis palabras.

—No viviré sino de tus palabras, Sitaa. Sin ellas me faltaría el oxígeno. No me abandones nunca, amor míooo.

Doña Catalina no esperaba aquel entusiasmo de su corazón. Le volvía a latir con la fuerza de cuando recién casada, con su Fernando del alma.

—Jamás te abandonaré. Vito, amor mío.



El agua con la amanecida inundaba de nuevo la red tomando posesión de las palabras y volvía a retirarse con la noche. A veces se quedaba en los pisos bajos bendiciendo la sed de sus vecinos y ahogando en otros casos sus voces, como acabó pasando con Sita. Ella hubiera preferido que de su grifo no saliera una gota, pero el suyo era casi un entresuelo.

—Nada como la sed, cariño —la remedaba doña Catalina para consuelo suyo y de Vito—. Me hubiera gustado alquilar un quinto al que no alcanzase esta maldita presión.

Doña Catalina sabía que lo suyo era una impostura y que a saber si no había algo de sacrílego en ello. Negarse, sin embargo, le parecía aún peor. Al menos de ese modo estaba contribuyendo a mantener vivo un amor que hacía aguas. Eso, que hacía aguas. Hasta que con los días aquel empeño le enajenó el corazón.

—Vito, mi Vito ¿Estás ahí, amor?

—Vivo de escucharte, Sita mía. No me abandones. Tu padre puede esperar.

—Mi padre me aguarda más allá de la mar —entornaba casi doña Catalina—. Allí donde las aguas se juntan con el cielo. Te dejaré mis palabras, el agua se las sabe, me las arrebató todas. Sé que sabrás escucharlas.

Pero llegó el otoño y con él se acabaron las restricciones nocturnas en Sevilla. Doña Catalina, más convencida que nunca de las bondades del agua, volvió al goteo nocturno. Esta vez con un chorrito cantarín que semejaba la voz de Vito y que le llenó la bañera de con-

versación y le dio luego para regar y hasta para bañarse esa mañana. La misma mañana de septiembre que Vito salió a la calle y se topó con Sita. No se dijeron nada como siempre. Ella iba cargada de maletas y apenas si lo miró con aquellos ojos suyos de ahogada.







# La calle Lealtad

Debora Joan Garber



Segundo premio de relato corto





El Arca de Noé llegó a convertirse, durante un tiempo, en el corazón de la vida cotidiana de aquel lado de Triana. *Encá* Noé se vendía todo lo que a uno le pudiera hacer falta, menos alimentos. Para eso estaban el mercado de San Gonzalo y el Paraíso de la Carne. Todo el vecindario compraba en lo de Noé. Los fontaneros, los mecánicos, los albañiles y los carpinteros eran todos asiduos. Las amas de casa acudían ansiosas, reclamando productos de limpieza nuevos que salían en la tele. Venían costureras a por hilo o elástico. Los amantes de las manualidades compraban vírgenes de escayola en miniatura, para pintar y colocar en sus belenes. Hasta había un expositor con candado en la entrada, en el que se exponían videos pornográficos. Así se sumaban los chavales jóvenes y los pensionistas.

Según los chinos, los locales situados en esquinas atraen poca prosperidad. Sin embargo la caja registradora

del Arca de Noé sonaba a cada instante, de sol a sol. Muchas tiendas tenían puesta una estatuilla de San Pancracio, con manojos de perejil metidos debajo del brazo para garantizar liquidez, pero Noé tenía prohibido venerar los santos. No obstante, era un astuto controlador de stocks, que conocía bien las debilidades de todos sus clientes y sabía anticiparse a las nuevas tendencias en menaje de hogar. Al haber introducido lencería barata y productos de estética a su gama de mercancía, había duplicado la facturación en cuestión de semanas. Además, con aquella estrategia, había conseguido revocar el veto de las películas porno en cuanto llegó la primera consigna de medias de cristal, tras un largo tira y afloja con su señora.

El horario casi ininterrumpido del Arca de Noé permitía a los hombres del bar de al lado tomar su tiempo rellenando las quinielas cuando ya habían picado billete. Antes de volver a casa de noche, encargaban materiales para la jornada siguiente. El Arca sólo cerraba los domingos, pero el pobrecito de Noé pasaba su único día libre arrastrado a la fuerza por los barrios de ricos, a manos de su esposa. A veces era muy duro ser Testigo de Jehová y aunque pegaban en todas las puertas posibles, para acosar al que abriera con la biblia por delante, nunca habían conseguido un converso.

En algunos de los palacetes del Heliópolis que visitaban, la Señora de Noé pedía usar el baño, para comprobar los alicatados y anotar las combinaciones de color. Llevaba años dándole la tabarra a su marido, para que abriera una sección de saneamientos y mobiliario de

baño. Naturalmente, le ocultó lo de aquel bote de sales de baño que había mangado una vez. El Arca no vendía productos tan lujosos y en las revistas ponía que sus efectos terapéuticos no tenían par. De hecho, a la Señora de Noé le había gustado tanto la espuma aromática que producían, que desde hace varios meses, intentaba lograr el efecto bañera hidromasaje con un jarabe de eucalipto que le dieron en la farmacia y unos cuantos kilos de bicarbonato.

Los Noé eran trianeros de pura cepa, y aunque habían renegado de los santos y de las vírgenes, los vecinos no se lo reprochaban. La pareja atendía con sumo esmero y personalmente a cada cliente desde el mostrador. Detrás, el género se almacenaba en un laberinto de estanterías o se colgaba del techo. De esta manera, cada artículo pedido había que localizarlo, bajarlo y llevarlo para su aprobación al mostrador. Si no hacía el avío, vuelta a empezar. Las esperas eran eternas. Tuvieron que poner una máquina de papelitos numerados tras una Navidad especialmente concurrida. Los Noé simplemente no daban abasto con el ajetreo. Por fortuna, el bar de al lado acogía gran parte de la cola en horas puntas, aliviando considerablemente la desesperación de algunos. Como solía pasar en Triana, se formó poco a poco un club social en la esquina y la gente aprovechaba para echar el rato.

Manolito, el muchacho retrasado de la Calle Lealtad, no tardó en empezar a sacar partido de la situación. Pasó de hacer mandaitos, a operar un sofisticado sistema de canje de números desde la puerta de Arca de Noé. De



un día para otro, dejó de hacerle encargos a todo quisqui y se hizo autónomo. Ahora recogía los tickets desechados por aquellos que se habían hartado de esperar en la cola, para vendérselos a aquellos recién llegados que tenían bulla. Cada canje le aseguraba una propina. Y no daba fiado, nada más que a gente de la Calle Lealtad.

Fueran las que fueran sus limitaciones cognitivas, Manolito nunca se liaba con los numeritos. Siempre se había sacado las habichuelas a base de gratificaciones pilladas aquí y allá. Hablaba, pero sus palabras se trituraban entre enormes dientes torcidos, por lo que solía ejecutar sus transacciones en mimo. Algunos decían que se quedó infantilado porque sus padres habían sido primos hermanos. Otros le echaban la culpa al Rhesus. A Manolito nadie le quería dar un puesto de trabajo, a pesar de su perspicacia financiera. Sin embargo, quisieron aprovechar otras cualidades suyas más útiles. Al parecer, el cerebro de Manolito era tan inerte, que no precisaba dormir. Fue esta insólita facilidad que le proporcionó el papel vitalicio de sereno extra-oficial de la Calle Lealtad.

El espíritu común de los habitantes de la calle del Arca de Noé se reflejaba en el propio nombre de la calle: Lealtad. Aquí la gente sentía la obligación de velar más por los intereses de los otros que por los suyos. Cualquier catástrofe personal perdía significado a la vera de lo que podía ocurrir detrás de las puertas de los demás. Todos los vecinos de la Calle Lealtad habían confiado sus llaves de repuesto a Manolito sin pensárselo dos veces. Como sólo daba unas cuantas cabezadas después

de comer, podía controlar la manzana entera hasta el amanecer. En verano, pasaba toda la noche en la acera, sentado en una vieja silla plegable, haciendo rejillas de alambre. En la Calle Lealtad nunca robaban ni armaban vocerío por las noches. Estando Manolito de turno, las mujeres dormían tranquilas sabiendo que si sus maridos llegaban borrachos, encontrarían su portal. A los niños se les podía dejar jugar fuera al anochecer, que mientras los padres iban a Misa o se tomaban una caña en el bar, Manolito estaría pendiente. Por las mañanas, ahí estaba Manolito todavía, para arrear bombonas y sacos de patatas si era menester.

Todos los vecinos apreciaban a Manolito, su vigilante incansable. A veces los niños se cachondeaban de él imitando sus andares extraños, pero Manolito se reía más que los críos mismos y al poco rato, se cansaban de sacarle burlas. Manolito se hospedaba en casa de la familia que criaba palomas. A cambio de su manutención, limpiaba las jaulas y daba el alpiste a los pájaros. Le encantaba subir a la azotea y perderse entre antenas y sábanas tendidas, susurrando y acariciándoles la cabecilla. A su paloma preferida le puso Adelita, como su madre. A menudo Adelita acompañaba a Manolito en su quehacer diario, por lo que éste solía llevar la camisa manchada. En el barrio se decía que las cagadas de paloma traían buena suerte. Si a uno le alcanzaba algún misil aviar, era una señal fiable de que la economía iba a mejorar. Lo cierto es que nadie había conocido otro tontito tan autosuficiente como Manolito.

Alguna vez que otra, Noé se molestaba por las incesantes visitas de Manolito a la tienda. Manolito se consideraba cliente preferente y se colaba por la cara, incordiando al personal. Muchas veces, al recibir su cambio, se enrabiaba y pataleaba, intentando currarles la pena a los demás clientes, poniendo cara de ofendido y mostrando el montoncito de chatarrilla en la mano. La gente lo mandaba a paseo y a la media hora, aparecía otra vez en el Arca, con un nuevo encargo. Manolito tenía mucha confianza con Noé y lo quería como a un padre. De la Señora, en cambio, no se fiaba nada. Ella le decía ‘el tontito’ y le miraba con cara de asco.

La Señora de Noé, al igual que su tocaya en el Libro de Génesis, no parecía tener nombre. Todo el mundo la llamaba La Señora de Noé, como si de una Duquesa se tratara. Las aspiraciones de grandeza de la Señora de Noé, con los años, habían dado lugar a planes ambiciosos para reformas de su casa en la primera planta del edificio del Arca. Empezaría con el cuarto de baño. En sus sueños, veía una especie de spa doméstico, con bañera hidromasaje y toallero eléctrico, como los que había visto en las casas de los señoritos del Heliópolis. La codicia estaba muy mal vista en los estatutos de los Testigos de Jehová, pero el afán de superación de la Señora de Noé no tenía límites. A Noé, en cambio, le daba lo mismo en lo referente al aseo personal. El hombre se conformaba con darse un manguerazo en el ojo patio y afeitarse en una palangana, mientras su esposa se encerraba durante horas en su balneario imaginario.

Una calurosa noche de julio, Manolito se entretenía en la acera con un transistor roto que habían echado al contenedor. Era tan tarde que no se oía más que los grillos y alguna que otra moto lejana. Al notar los pies fríos, se inclinó por el borde de su silla y vio que tenía las alpargatas empapadas. El agua corría con fuerza desde la vuelta de la esquina, lo cual le extrañó aún más. Nunca llovía en verano. Se levantó de golpe y se puso a chapotear por el charco gigante, siguiendo el flujo a contracorriente hasta llegar al Arca de Noé. Angustiado, confuso y con las gafas *daleás*, cruzó la calle a pata coja, pegando graznidos y armando todo el follón que podía. Formó tal jaleo que casi todas las persianas de la Calle Lealtad se abrieron de inmediato. Pero la cabeza de Noé tardó en asomarse de la ventana de arriba, seguida por la de su mujer, envuelta en un casco de rulos. Manolito rugía como una bestia, haciendo gestos de paraguas y de natación a la vez. Fue gracias a la casera de Manolito, que llevaba media vida bregando con el lenguaje gestual de su huésped y veía todo desde su balcón, que los Noé por fin se dieron cuenta de que la tienda se había inundado.

Casi le entró un ataque a Noé, al imaginar la ruina que con toda seguridad, le había caído encima. Bajó corriendo la escalera en calzoncillos y chancletas, con el corazón en la boca. Se preparó para rendirse a la fuerza mayor, como si las profecías apocalípticas de su fe se hubieran cumplido delante de sus ojos, aquí en Triana. Al llegar al zaguán, se paró momentáneamente a pensar.

Una posible jubilación anticipada, con lo que cobraría de la póliza de seguro, acumulando intereses a plazo fijo, no sería el peor de los castigos. Cuando Noé llegó a la puerta de la tienda, Manolito estaba liado con el candado sumergido. Con los nervios a flor de piel, luchaba con cada una de las llaves del cordón que llevaba al cuello, hasta que por fin pudo levantar la puerta metálica. Noé, desquiciado por la torpeza de Manolito, apenas veía por las lágrimas y sudaba a mares con la ansiedad. La policía, convocada por la Señora de Noé, llegó entre sirenas y bocinazos. Numerosos vecinos, habiendo acudido en pijama a la escena, tuvieron que volver a casa a cambiarse, por las salpicaduras de los neumáticos. Al rato aparecieron los bomberos, que procedieron a cortar el suministro de agua de la zona.

Entre tanto, a Manolito le habían puesto un coñac en el bar. Noé le había dado una virgen de escayola que encontró flotando hacia la alcantarilla, para sosegarle después del sobresalto. Le trajeron a Adelita para calmarle y ahora piaba felizmente a su amiga aluda y a su virgencita. Como era de esperar, el bar había abierto temprano en señal de apoyo al vecino desgraciado. Numerosos vecinos se metieron en la tienda encharcada a oscuras, saltando el mostrador a pesar de las advertencias de los bomberos del peligro de electrocución. Todos agarraron lo que podían. Armados con escobas, barreños, cubos y palas, pusieron manos a la obra para achicar el agua. Trabajaron hasta las claras del día, echando agua para fuera y sacando género estropeado.



Llegaron algunos reporteros de los periódicos locales a la hora del desayuno. Onda Giralda también envió una cámara para cubrir el acontecimiento. Entrevistaron a Noé, mientras su Señora, reacia a desaprovechar la cobertura mediática, cogía el micrófono y gritaba ¡Alabemos el Señor! La mayoría de los vecinos se quedaron a arrimar el hombro hasta por la tarde, mientras gran parte de la mercancía se secaba al sol abrasador. Todo, menos una docena de fregonas, unos cuantos cubos y varias botellas de Ajax Pino, estaba expuesto en los balcones y las ventanas de los edificios de alrededor. Cajas de tornillos y clavos se habían vaciado en los techos de los coches. Incluso los naranjos tenían trapos de cocina,

alfombrillas y sostenes colgados de sus ramas. La solidaridad característica de la Calle Lealtad se había lucido de nuevo y la saga del Arca de Noé les dio de qué hablar en el vecindario durante una pila de tiempo.

Rafael el fontanero acudió aquella tarde para determinar la causa de la inundación. Después de un carajillo post-siesta en el bar, tanteó cuidadosamente todas las tuberías, revisó el termo e inspeccionó la cisterna. No daba con la avería. Pero algo estaba escacharrado, porque cada vez que abría el grifo de la bañera, el agua salía por la manguera del ojo patio. Dándole vueltas al asunto tras su vuelta al bar, decidió probar un método más radical. Mandó al ahora recuperado Manolito a pedirle a su casera un bote de desatascador. En cuanto echaron el líquido fétido por el agujero de la bañera, salió humo del inodoro. Cientos de burbujas pestosas formaron una nube que llenó todo el cuarto de baño y por poco les asfixia a los dos. Tosiendo incontroladamente, la pareja se tropezó con la Señora de Noé, que subía por la escalera. En cuanto el hedor químico le alcanzó, dio media vuelta y bajó ligero, con Rafael y Manolito detrás. El enfurecido Noé se puso una máscara de soldar y subió a abrir las ventanas. Cuando llegó la hora de echar el cerrojo a la tienda, el vapor nocivo se había esfumado y los Noé pudieron volver a casa.

Pasaron varias semanas y aún se desconocían las causas del siniestro. Algunos peritos trajeados se habían dejado ver por la tienda, midiendo humedades y evaluando las pérdidas, pero no estaba claro si el seguro cubriría

los daños. Algunos opinaban que por muy piadosos que fueran los Noé, no renunciarían la indemnización. Otros aludieron a la posibilidad de que Noé cediera el local a los Testigos de Jehová como Salón del Reino. Si no, podría alquilarse a una franquicia de tintorería. Incluso hubo rumores sobre cruceros de lujo, pero los detractores señalaron que los Noé no podrían ponerse las vacunas obligatorias. Toda la Calle Lealtad especulaba sobre el suceso. Al quedarse sin teorías, contaban historias escalofriantes, sobre niños enfermos a los que no llevaban al hospital y la cosa se puso una hartada de fea.

Aunque el Arca de Noé celebró su reapertura a finales de agosto, el negocio fue de mal en peor. En el tiempo transcurrido desde la inundación, la gente había empezado a frecuentar las tiendas Todo a Cien o aprovecharse del bus gratuito del Corte Inglés. El Arca de Noé no recuperó su monopolio y la amplia variedad de mercancía se vio seriamente mermada. Durante sus noches en vela, Noé bajaba a acompañar a Manolito en su vigilia nocturna. Éste escuchaba atentamente los largos monólogos sobre la precaria situación del Arca, entristecido por el sin vivir de su amigo del alma. Noé tenía el ánimo por los suelos. Se sentía injustamente castigado por Jehová y se le ocurría que sólo el Armagedón le salvaría de la quiebra. No le quedaba otra que colocar el cartel de ‘se alquila’.

En el mes de los muertos, llegó un individuo al bar y se puso a charlar con algunos vecinos. Estaba puesto el partido a todo volumen y se escuchaban palabrotas

de los que esperaban los resultados de la quiniela. El hombre había venido a preguntar por el local de al lado. La tele se apagó de inmediato y el bar entero se le acercó, dispuestos todos a mostrar la conocida cordialidad trianera y darle al gachó, toda la coba que hiciera falta. Minimizando el reciente suceso y sus consecuencias, ofrecieron numerosos discursos sobre la integridad de Noé, además de conmovedores elogios en torno a la idoneidad de Triana y en especial, de la Calle Lealtad. Mandaron a Manolito en busca de Noé, quien no tardó en acudir con la mujer, a conocer al futuro *alquilino*. Noé se acercó a la barra y pidió un refresco, antes de cerrar el trato que los demás ya habían empezado a perfilar. La tienda se vaciaría, el género sin vender sería devuelto a fábrica y el Arca de Noé cerraría, para pasar a la memoria colectiva de Triana.

Al otro domingo, los Noé venían de la parada de autobús con las revistas sin repartir, cuando vieron parar en su puerta un camión viejo. El nuevo inquilino, acompañado de dos notas de pinta cuestionable, se preparaba para descargar. En cuestión de minutos, introdujeron al local, a bordo de sendos carritos, dos docenas de máquinas tragaperras, múltiples aparatos expendedores, taburetes, una mesa de billar automatizada y un futbolín de monedas. Después salieron los chavales de nuevo a por enormes cajas de refrescos y chucherías. Los Noé se quedaron de piedra ante la escena. El hombre había hablado de un centro de ocio, de abrir un lugar recreativo para la gente del barrio. Incluso prometió que cualquiera se podía

beneficiar si venía lo suficientemente a menudo. Al hablar de aparatos, los Noé imaginaron máquinas de musculación y bicicletas estáticas. Los Noé habían entendido que el Arca se transformaría en una especie de gimnasio, con sauna y cabina de fisioterapia. Vivirían en lo alto de un oasis de paz en la esquina más visitada del vecindario. Se harían socios y vendrían a diario. Pero por lo que se veía, habían alquilado el local como salón de juegos.

La Señora de Noé, que unos días antes no vivía con la ilusión de tener una bañera hidromasaje tan cerca de casa, se puso muy pachucha tras este disgusto. Ya mismo estaría el local abarrotado de ludópatas antihigiénicos y jóvenes drogados. La puerta del Arca de Noé, plagada de pervertidos y pecadores. En cuanto se enterara el Cuerpo de Ancianos, los Noé serían censurados y apartados de la congregación. A la Señora de Noé le tuvieron que dar una tila para los nervios en el bar. Noé, abatido y cabizbajo, ya no tenía cuerpo para pensar en las consecuencias del malentendido. A Noé lo que le pedía el cuerpo era un coñac doble, pero se tuvo que aguantar por no darle más quehacer a la mujer.

En efecto, no había nada que hacer. El contrato se había firmado de buena gana y la fianza de dos meses, cobrada en efectivo, ya se había gastado en dos *sofales* nuevos, un aparato de aire acondicionado y un desvío provisional para el desagüe de la bañera. El mes siguiente vendría la factura del agua. A saber por cuánto les saldría el diluvio universal que les había terminado por hundir en la vil miseria. El *alquilino* se había mostrado

tan educado y sensible al desafortunado aprieto en el que los Noé se encontraban. No les había presionado. Ellos mismos, junto con los demás vecinos, le habían convencido de la idoneidad del local y la levedad de los daños de la inundación. Ahora, los ingresos mensuales de los Noé superaban la facturación trimestral del Arca de Noé en plena apoteosis. Estaban atados de manos. De aquí en adelante, a predicar todo el día. Todos los días, incluidos los domingos.

Al meterse en la cama aquella noche, Noé no podía evitar imaginarse la vida después de la inevitable expulsión. Para empezar, se citaría con Manolito y Rafael para irse los tres de borrachera, o incluso de putas. Se haría socio del Betis como Dios manda. En lo que sería su primer domingo libre desde los veintisiete años, jugaría al dominó en el bar, como el resto de los viejos de la Calle Lealtad. A él no se le caería la cara de vergüenza ante la congregación de Testigos de Jehová, porque caída ya la tenía de tanta preocupación. Aunque a él y a su Señora les devorarían las llamas del infierno cuando llegara el Juicio Final, por ahí andaría alguno de la Calle Lealtad para apoyarles. Manolito, que como todos los tontos ya tenían la Gloria ganada, igual haría de mediador mudo ante el Señor. A estas alturas, a Noé ya le daba igual de todo. Una vez hubiera cortado con los Testículos de los cojones, se pegaría una vidorra de señorito, y San S'acabó.

Cuando por fin entró su mujer con los rulos puestos, Noé se había quedado frito. Un sueño profundo y placentero se había apoderado de él, por primera vez

desde hacía meses. La Señora de Noé quiso despertar a su marido y plantearle un desahucio forzado. Pero bastantes fatigas habían pasado los dos, y además, ya había encargado la bañera hidromasaje en el Corte Inglés. En los Estatutos ponía claramente que era el marido quien mandaba en los asuntos familiares. Y este asunto, a juzgar por la cara de felicidad de su marido, estaba ya resuelto. La Señora de Noé jamás volvería a mentar la inundación ni el seguro ni el impresentable del *alquilino*. Aún faltaba siglos para el Armagedón, así que al cuerno con la congregación.

Tras varias horas durmiendo al son de los ronquidos de su marido, la Señora de Noé se incorporó de golpe. Últimamente le daban pesadillas y había soñado con su hermana que se ahogaba entre olas. En un momento de repentina lucidez, se acordó de la noche de la inundación. Si no le fallaba la memoria como solía ser el caso, la Señora de Noé se había bañado nada más volver de la reunión de la congregación. Con esto de la menopausia, le daban unos bochornos horribles y se tenía que asear cada dos por tres. Justo cuando se secaba, había sonado el teléfono y se entretuvo un buen rato hablando con la hermana. El grifo, que dejó abierto para quitar la espuma de la bañera, siguió tirando agua casi toda la noche. Vaya la que había liado. La Señora de Noé se puso de rodillas junto a la cama y pidió perdón al Señor. Ahora bien, se arrepintió sabiendo que aquel fallo no tendría más remedio que callárselo para los restos y recomerse por dentro. De este lapsus no se

iba a enterar ni Dios, ni muchísimo menos su querido esposo Noé.

Al día siguiente, vino Rafael el fontanero a empezar la obra de reforma del baño. Cuando se lió a mazazos con las tuberías, el pico se le quedó encallado. Hurgando en el boquete, encontró lo que parecía una roca blancuecina en el codo del bajante. La Señora de Noé puso cara de inocente cuando Rafael le enseñó su hallazgo, aunque el motivo del siniestro estaba más claro que el agua. Tanto bicarbonato, con las hechuras de calor que caían, habría formado un tapón duro en las cañerías. El agua, al no poderse vaciar por el bajante, se desviaría por la manguera del ojo patio y la marea resultante avanzaría hasta llenar la tienda. Rafael se limitó a bendecirse. El rebujo de ácido sulfúrico y bicarbonato por poco le deja listo de papeles aquel día. A todo esto, llegó Manolito en busca de propina. La Señora de Noé vio el cielo abierto. Se abalanzó sobre Manolito y le dijo de todo menos bonito, amenazando con denunciarle, si volviera a entrar en su casa. Mira que tirar una virgen de escayola por el inodoro. Había que ser tonto de remate.





# The Dream of the Little Widow Sanchís

José Antonio Ramírez Lozano



Primer premio de relato corto  
Edición Bilingüe Español–Inglés





She used to leave the tap open at night. The little widow of Sanchís, Doña\* Catalina, hated being stalked by loneliness, which is why she left the tap open. Hardly a drop, just enough to hear it in the darkness and to know that the world still existed. A drip that gave her the company she needed.

—Habits of old age —Doña Encarnación Luque corrected—. Let me tell you that habit of yours with the tap is nothing more than one of the many habits that old women have and carelessness for natural resources. Wait ‘til you hear from Emasesa\*, dear.

—When the neighbourhood turns their back on you, dear, water makes the best company. You, Encarna, because you have your husband, love, because if not...

Doña Catalina would have liked to have neighbours like in the past. That would have reconciled her with the

world. But that old building on Recaredo Street had been left without Conchita Contador, who lived on the second floor; the poor woman who died due to a problem with her liver. The building was left without Carlota on the fourth floor, or that married couple, Paquita Ramos and Felipe. Paquita was always sewing for others and he was a collector for the Catalana\*. Death had been emptying the building and bringing other people in. Young people who do their own thing and don't even say good morning when they cross someone in the vestibule. Idleness of an age that opens these gaps between generations.

Doña Catalina, the widow of Sanchís, had lost her surname when she married; she always said that this was her devotion and not a loss. And now in her widowhood, it's her greatest consolation because her husband's name Sanchís was not separated from her name; the two names are mentioned together. Doña Catalina, the widow of Sanchís had been a housewife all her life, fond of cooking and crochet work. So much that her house couldn't have been any other; she made it her own, decorated with her cross-stitching and the greenness of her aspidistras.

—Waste?!! —she excused herself— I don't waste a single drop because I can water my plants with a night of dripping, as you can see.

In that old building on Recaredo Street, there hadn't been anything more alive and conciliatory than water. As they lived unconnected from one another, the tenants did not have another bond between them except the water. That large network of pipes became the only

artery that entwined their lives. This water tried in vain to bring the neighbours together, which was what the consumers were lacking. Doña Catalina, on the other hand, had been getting more and more sensitive with the hidden flow that provided the backbone of the building like a liquid spine, allowing her geraniums to bloom and the loyal and discreet greenness of her aspidistras. She watered them with a glass, the same glass she used to drink from; this made the plants more human and compensated her loneliness at the same time. She watched the neighbouring balconies, which were in bloom some time ago and then closed the windows so that her heart wouldn't be flooded with sadness.

—Well, I tell you that you can't trust those people who don't have flowers in their balconies, Catalina.

—Yes, indeed. My poor husband used to say that flowers are the language of the heart. So you can imagine them in my house. Mute. All hearts are silent except mine.

Don Fernando Sanchís del Amo, who rests in peace, was an honest civil servant of the Post Office and as polite and enthusiastic as they come. Not a single day went by without him bringing a garden pink home. Not just flowers, but words too because most of the year it wasn't flowers what he brought her, but sweet comments with which he complimented her as soon as he walked through the door. Death took him away when he was thirty-eight years old, leaving her heart useless forever. Doña Catalina never listened to a word of love again. Doña Catalina wouldn't have minded finding a man who

told her that he loved her and took her out of the well of that loneliness forever.

—You're not up to those things any more, Catalina. If you want me to tell you the truth, I would swap my husband for that tap of yours you sleep with for more than one night.

Doña Encarna's words made some sense. One of those nights in Seville during the month of July when they cut-off the water due to drought restrictions, Doña Catalina fell into despair because of the tap, as it was silent. But it wasn't. At the back of twelve, the little widow heard a guttural noise like a liquid muttering that seemed to come from the toilet. She tuned in her ears and drew back the sheet. She got up and went directly to the toilet. No, there was no dripping but that muttering came from the tap without a doubt. She stuck her ear to the mouth of the tap as if it was the earpiece of a telephone and listened with astonishment. Somebody was speaking through her pipe network.

—I have to do it, Honeeey.

It was a hazy voice with a hollow and metallic tone; a woman's voice.

—If you go, my heart will be alone forever, Sitaaa—another hoarse voice replied now, it was a man.

Doña Catalina couldn't contain her surprise and curiosity so she brought a Damascus upholstered chair closer which she had at the foot of the bed.

—You know I love you, Vito, darling. But I have my mother who has Alzheimer's and I can't say nooo.



—And wheeen...??

—When whaaat?

—When are you going?

—One of these days. —She stated sorrowfully. Then, as if trying to make up for it, she added— I saw you going downstairs today. I like that silk tie you were wearing, honeeey.

Doña Catalina deduced that the voices were tenants in the building. Youngsters, who didn't speak to

each other at the door nor in the landings and who, how about this, they communicated through the pipes at night, taking advantage of the water restriction times. It had been a long time since she had heard real words of love, not those recorded in soap operas. Those beings were incapable of chatting in the street and kept their sweet talk for the night, taking advantage of the dark channel of the pipes. For Doña Catalina, this meant the discovery of an interior world in which she was immediately tempted to take part in. She waited for the following night.

—Sita, are you theeeere...

—Yes, honey. I can't stand it. Being without you during the day feels like thirst, with you at night feels like the water, Vito.

Doña Catalina didn't dare to take part. She knew that she would spoil the romance with her voice. She limited herself to dream it was her.

—Imagine that suddenly the water came, honeey.

—We would both drooown. Isn't that beeeautiful?

—Our voices would drown forever and we would look at each other in the street like two drowned people.

—And how do drowned people look at each otherrr?

—Similar to lovers, the drowned don't sleep and their eyes open at night like fluorescent jellyfish.

Then a silence occurred that Doña Catalina took advantage of to wipe away a tear.

—Hey, Vito...

—Whaaat?

—And won't we be drowned alreeeady?

Surely it was the boy on the third floor. The other had to be that Sita, her on the first floor due to the distance of her voice. Doña Catalina would have liked to be on the second floor in the middle but she had always lived on the fifth. That also had its advantages. The geraniums, for example, needed the sun that they wouldn't have enjoyed on the ground floor. And the pressure that is diminished so much from the height now became her ally. It was, in fact, the pressure that gave her the opportunity.

—Sitaaa.

—.....

—Sita. —Insisted Vito that night— Are you there?

Sita didn't reply. So Doña Catalina told herself that this was her chance and started to speak.

—Here I am— her voice strung on after his. You thought I was gone. No, honey, I'll never leave you. The water keeps our voices in its bubbles. My words will always be with you.

—I will only live off your words, Sitaa. I'd be lacking oxygen without them. Don't ever leave me, my looove.

Doña Catalina didn't expect that excitement from her heart. It beated again with the same force as when she just married her darling Fernando.

—I'll never leave you. Vito, my love.

As the day broke, the water flooded the network once more, taking over the words and withdrew again at night. Sometimes it remained on the lower floors,



blessing the thirst of her neighbours and drowning their voices in other cases, and that's what happened to Sita. She would have preferred that not a drop of water would have come out of her tap, but her floor was almost the mezzanine.

—There's nothing like thirst, honey —said Doña Catalina imitating Sita in order to comfort herself and Vito—. I would've liked to rent a flat on the fifth floor which wasn't affected by this damned pressure.

Doña Catalina knew that she was imposing and who knows if there wasn't something sacrilegious in it. However, to refuse to do it seemed even worse to her. At least this way she was contributing to keep alive a love that was sinking. That's it; it was sinking. Until, over time, her persistence disturbed her heart.

—Vito, my Vito, are you there, love?

—I live off listening to you, my Sita. Don't leave me. Your father can wait.

—My father waits for me beyond the sea - said Doña Catalina, almost singing. There, where the sea meets the sky. I will leave you my words; the water knows them, it snatched them all away from me. I know that you'll know how to listen to them.

But the autumn arrived so the nocturnal restrictions were over in Seville. More convinced than ever of the kindness of water, Doña Catalina went back to the nocturnal dripping. This time it was a tiny tinkling stream that sounded similar to Vito's voice that filled her bathtub with conversation and was enough to water the

plants later and to even have a bath that morning. That same morning in September when Vito went out in the street and bumped into Sita. They didn't say anything as usual. She was loaded down with suitcases and hardly looked at him with those drowned eyes of hers.

\*Doña: A title for women that shows respect.

\*Emasesa: The name of a water company in Seville.

\*Catalana: The name of an insurance company.



# Noah's ark

Debora Joan Garber



Segundo premio de relato corto

Edición Bilingüe Español–Inglés





Noah's Ark was one of a rare breed of small family run general stores which became veritable nerve-centres of *barrio* life in Triana. It stocked everything ever needed, except food. Everyone in the vicinity shopped there. Plumbers, mechanics, builders and decorators had accounts. Seamstresses came in daily for elastic or thread. DIY addicts dropped in to get their fix for whatever was to be fixed. Housewives arrived excitedly, asking for the latest cleaning products advertised on television. Lovers of arts and crafts bought plaster miniature virgins and cattle to paint for their nativity displays. There was even a padlocked display unit at the entrance, exhibiting X-rated videotapes, which added teenagers and elderly men to the clientele.

According to Chinese Feng Shui principles, premises situated on corners attract little prosperity, yet

Noah's till rang incessantly from morning till late at night. Most businesses displayed a small statue of St. Pancras with sprigs of parsley stuck into its arm, to stimulate cash flow, but Noah wasn't allowed to revere saints. However, he was a shrewd stock controller who knew his customers' every whim. He anticipated trends and kept abreast of new tendencies in household goods. Simply by adding a lingerie and low-end beauty product department, he had doubled his turnover. The porno flick veto had been revoked by him when the first consignment of hosiery and underwear was delivered, in a tit-for-tat wrangle with his wife.

The late opening hours Noah kept allowed the men in the bar next door to take their time filling out their football pool coupons, and later stock up on materials they might need for the next day's assignments. The shop only closed on Sundays but the unfortunate Noah spent his one day off a week being forcefully dragged around the upper class neighbourhoods by his wife. It was hard work being a Jehovah's Witness and although they banged on every door they encountered, to pester the hell out of people, they never signed up any new recruits. More often than not, the wife asked to use the bathrooms in well-to-do homes, just so she could inspect the tiling and take note of colour schemes. She had been at Noah to expand into bathroom fittings and décor for years.

The Noah's were salt of the earth *Trianeros*, down to earth, jovial but efficient. The couple served each cus-

tomer personally from behind the counter. Stock was stored in a maze of shelving behind it, so each item requested was painstakingly sought out and brought back to the counter for approval. A numbered ticket system had been installed one Christmas and the bar took the overflow of queuing customers who knew they were invariably in for a long wait. As happens in Triana, a social club steadily formed as waiting at Noah's became a get-together of great appeal.

Manolito, the retarded man from Calle Lealtad, soon spotted his own opportunity and upgraded himself from running errands to running a number-swapping system. Instead of shopping for the locksmith or the carpenter, he collected the discarded numbers of those who had become exasperated and left. These were then traded for other numbers taken by newcomers who might be in a hurry. Each exchange ensured him a gratuity and no credit terms were accepted.

Whatever his cognitive limitations, Manolito had no problem with numbers. He did quite well on small commissions gleaned here and there. He could speak, but his words were mashed by his enormous, uneven teeth, so his transactions were carried out in mime. Some people said he was born that way because his parents were first cousins. Others blamed the Rhesus factor or more gruesome birth complications. It seemed his brain activity level was so low that he didn't need to sleep. This facility had given him a lifelong role as the unofficial *sereno* of the Calle Lealtad.

“Loyalty” street was an apt name for a narrow street of working-class dwellings where neighbours placed the interests and issues of others way before their own. Whatever catastrophe might occur in one home took second place to the trials and tribulations being suffered in others. They formed a close-knitted clan and had unquestioningly handed their spare keys to Manolito, who only dozed for a few hours after lunch. He liked to sit outside on his deck-chair all night twisting pieces of metal wire into pigeon netting. As with all streets that had a *sereno* or night watchman, no home was ever robbed and no rowdiness was tolerated. With Manolito on duty, women could sleep peacefully knowing their drunken husbands would be safely pushed through the correct doorway. Children could be left playing while their parents went to church or enjoyed an evening tittle at the bar and the elderly could count on shopping or gas-bombs being lugged up stairs.

Manolito lodged with the family who kept pigeons on their rooftop terrace. In exchange for his room and board, he cleaned out the cages and fed the pigeons special seed food. His mornings were spent al fresco up on the tiles, warbling to his feathered friends between television aerials and hung-out washing, while he stroked their fat chests through the wire netting. His favourite was a hen he called Adelita, after his mother. All the neighbours were fond of Manolito, their round-the-clock security guard. Children sometimes imitated him, sniggering mercilessly at his peculiar, clumsy walk, but he laughed



eagerly at their antics and they were soon disconcerted and tired of taunting him. Adelita accompanied him on his errands and odd jobs so at times, his clothing was soiled. It was often said in the *barrio*, that pigeon-droppings landing on people were a sure sign of imminent cash-flow improvement. Perhaps there was some truth behind the superstition since Manolito was the only self-sufficient handicapped person anyone had ever met.

Noah was occasionally irritated by Manolito's constant visits to the shop. The over-assertive Manolito had awarded himself a privileged status as Noah's most

regular customer and queue-jumped as a matter of course. Invariably, when he received his change, he stomped out shaking his head and cooing angrily, while exhibiting the meagre pickings in his upturned hand. After trying to elicit sympathy from the patrons in the bar, he wandered off back to his pigeons. He always returned within the hour on a new errand, enthusiastically waving lists he had been given.

Mrs. Noah, as she was known, was apparently as nameless as her name-sake in the Book of Genesis. Her latent visions of grandeur inspired ambitious plans for refurbishment of their home over the shop. The bathroom needed serious attention. In her dreams, she pictured a spa-like affair with a hydro-massage bath and heated towel rails, like the *señoritos'* plush homes in the Heliopolis had. Though greed was frowned upon in the Jehovah's Witness statutes, there was no limit to her covetousness. Noah himself was not bothered bathroom-wise and hosed himself down in the *ojo patio* or shaved at the cracked hand-basin in the shop, while his wife ensconced herself for hours in her make-believe health resort.

One steamy hot July evening, Manolito was out on the pavement nodding to the crackle of his transistor radio. All was quiet except for the buzz of cicadas and the odd wail of an errant motorbike. Feeling his feet become suddenly colder, he leaned over the edge of his deck-chair to find his trouser-bottoms wet and his slippers soaked through. The water appeared to be gushing

from around the corner which puzzled him even more. He sloshed through the giant puddle, following the flow till he reached Noah's Ark. Breathless, confused and with his glasses askew, he hopped across the street, shouting for Noah and cursing in anguished squawks. Other windows opened at once, but it was some time before the shop-keeper's head poked sleepily through the curtains. His wife's followed, in a helmet of rollers. Manolito was grunting frantically, making umbrella gestures and imitating the breast-stroke. Gradually, the Noah's realised the shop was flooding.

Noah was seized by panic about his family's future and the certain loss of income. A brief moment of internal quandary ensued as he clattered downstairs in his flip-flops and boxer shorts. Then he considered succumbing to the Force Majeure as if the apocalyptic prophecies of his faith had been revealed to him in their glory. Before he reached the door, he felt a flitting ache of pleasure as the possibility dawned on him, of a leisurely early retirement, with a hefty insurance payout securely invested. By the time he had crossed the street to the shop, Manolito was already wrangling with the submerged padlock which secured the metal shutters at ground level. In his bewilderment, he was wrestling with every key on the cord he kept round his neck. Eventually, they were able to haul the shutters up. Noah could hardly see through his tears and was hyperventilating with anxiety. The police, summoned by Mrs. Noah, arrived with sirens wailing full blast, tyres splas-



hing the increasingly large group of onlookers who had turned out in their nightclothes. The firemen followed and promptly cut the street's supply at the mains.

Meanwhile, Manolito was being given a brandy at the bar, which had opened early in signal of loyalty to its afflicted neighbour. They brought him Adelita and he now sat cooing away in bird language. Other neighbours were piling into the shop and vaulting over the counter despite the firemen's warning of electric shock hazard. Everyone grabbed whatever implement they could lay their hands on in the dark. Armed with sweeping-brushes, basins and buckets, spades, or whatever else hung from the overhead hooks, they set to work. They toiled until daylight, swishing water out towards the door and pouring it into the gutter.

Reporters from the local newspaper turned up while breakfast was being served at the bar. The neighbourhood pay-per-view television station sent a camera to cover the event. Noah was interviewed while his wife, loathe to squander such media coverage, beckoned to the camera shouting "Praise the Lord!" Many of the neighbours stayed on to help until early evening, by which time the scorching sunshine had dried out much of the merchandise. Everything but a dozen mops with assorted poles, some buckets and a few litres of *Ajax*, was now drying on the balconies and windowsills of the surrounding buildings. Boxes of screws and nails had been emptied onto car roofs. Even the orange trees had tea-towels and dusters hanging on them. Solidarity was a

prime feature of Triana life and the whole saga gave the neighbours enough gossip-fodder for days to come.

Rafael, the local plumber, was summoned that afternoon to repair whatever damage had caused the flood. After his post-siesta *carajillo*, pipes were painstakingly tapped and tested, appliances were checked and the cistern inspected. No joy. As he pondered on the problem back at the bar, Rafael decided to try a more radical approach. He sent the miraculously-recovered Manolito down to grab a few bottles of drain-clearing fluid from the unguarded shop. As soon as the foul smelling liquid was poured down the sink, smoke rose from the plughole of the ancient bath. Stinking bubbles rose up into a cloud that filled the whole bathroom and nearly suffocated them. Both men backed out spluttering, eyes streaming and throats burning. Mrs. Noah met them in mid-choking-fit on the stairs. It was only when the vile chemical odour hit her that she realised Jehovah had not quite finished wringing his wrath. She fled back down the stairs with Rafael and Manolito behind her. Later, Noah had to don a welder's mask to run up and open the windows. By the time the shop closed, the noxious vapours had subsided and Noah and wife could go home.

Several weeks passed and nothing had come to light about the insurance claim. Men in suits had been seen in the shop measuring damp patches and evaluating stock that could not be saved. But no-one had heard a dicky-bird about the compensation. Some commented that Noah and wife were not too pious as to renoun-

ce the payout. Others mentioned the possibility of his offering the premises to the Jehovah's Witnesses for their Kingdom meetings. Or else it could be rented out to a dry-cleaning franchisee. Speculations about world cruises were uttered but detractors countered that the Noah's couldn't have the required vaccinations. Gory stories followed, about sick babies not brought to hospital and it all became quite nasty.

Business went from bad to worse after the flood, when Noah reopened the shop. In the space of a week, people had found other mini superstores to frequent or had used the free bus-service to the *Corte Inglés* in the centre. Noah's Ark failed to regain its monopoly and the cornucopia of stock dwindled. On Noah's many sleepless nights, he joined Manolito on the night watch, and imparted long monologues on his precarious situation. Manolito cooed back in encouragement or sympathy. But Noah felt he was being unfairly punished by Jehovah and was starting to think that only full-blown Armageddon could save him from bankruptcy. There was no option but to stick a For Rent sign up.

A man came into the bar one evening and was seen chatting to some of the regulars. Noah appeared in a fluster, after doing his books again to see if he had mistakenly subtracted instead of adding. The match was on at full volume and there were groans of dismay from those who were awaiting results to compare with their pools coupons. The man had come to inquire about the property next door. Everyone in the bar immediately tur-

ned on the Triana charm. After much trivialisation of the flood and its consequences, many proud statements about Noah's integrity and affability as well as a few moving eulogies on Triana's excellence, they began to talk numbers. Noah was pushed forward as chief negotiator, to clinch the substantial deal his neighbours were already outlining. The shop was to be cleared out, unsold merchandise returned or given away and Noah's Ark shut down, to pass into the annals of Triana's history.

The following Sunday, Noah and his wife were about to head to the bus stop with their bibles when they saw a lorry arriving at the shop-front. The new tenant, accompanied by two shady-looking louts, began to unload their cargo. Two dozen slot machines, several vending machines, numerous stools and a coin-operated billiard table where wheeled in on trolleys. Enormous boxes of confectionery were hauled inside, followed by crates of soft drinks. The Noah's looked on aghast. The man had said he was opening a leisure centre. They had imagined a gym, with a sauna and a physiotherapy booth. Mrs. Noah had been ecstatic at the thought of a hydro-massage bath available to her over the road. But it seemed they had leased their premises as an amusement arcade. Mrs. Noah came over faint with shock as visions came to her of unwashed ludopaths and teenagers on drugs. Perverts and other sinners would take over the place. If the Elders got wind of it, the Noah's would be disfellowshipped for supporting gambling. She had to be given a linden infusion at the bar to calm her nerves. Noah felt

like he needed a stiff brandy. He certainly couldn't face the Heliopolis today.

There was nothing to be done. The contract had been gleefully signed and the two-month deposit, paid in cash, had now been spent on a new sofa and a larger television. The man had been so polite and understanding of the predicament they had found themselves in. He had not pressurised them. They themselves, along with the neighbours, had sung the premises' praises and played down the considerable damage caused by the flood. The Noah's were now effectively netting the same monthly revenue as they had averaged during Noah's Ark's heyday. The matter was out of their hands. From now on, they would witness all day. Every day.

As Noah climbed into bed that night, realising the next day would be the first free Monday he had had since he was seventeen, he thought about ostracism. Being shunned by the Jehovah's Witness community would be shameful. They were hell-bound and no-one would back them up when the Day of Judgement came. His wife appeared in her rollers and saw his look of despair. She didn't dare suggest eviction. Noah had the last word on family matters, in accordance with their beliefs.

Given her husband's state of distress and the fierce pangs of guilt that nagged her, Mrs. Noah had decided to keep quiet about the whole flood issue. She never told a soul about the box of bath-bombs she had once filched from one of her favourite *palacetes*. Noah's Ark didn't sell anything as posh as bath-bombs and she had

read of their therapeutic effects. In fact, she had been so thrilled by the aromatic frothiness they produced that for some months now, she had tried to recreate the effect with a bottle of oily, eucalyptus-based cold-remedy and cupfuls of bicarbonate. It was the nearest Mrs. Noah might ever get to the sensations a hydro-massage bath could provide.

Mrs Noah lay awake till her husband eventually began to snore peacefully. She recalled finding the bath-tap had been running for hours when she got home from the Kingdom meeting the night of the flood. She hadn't told Noah about that either. She correctly surmised that several kilos of bicarbonate had settled in a u-bend and become caked and hard as plaster in the heat. The bathwater then had nowhere to go but down to the shop and had made its exit through the overflow in the hand-basin at the back. Rafael and Manolito had escaped asphyxia by a hair's breadth by inhaling deadly fumes, resulting from the reaction between the bicarbonate and the sulphuric acid in the drain fluid. But, thank Jehovah, all was now well, even if disfellowshipment was on the cards. Armageddon was still generations away.

#### GLOSSARY OF SPANISH TERMS

- Barrio - neighbourhood
- Carajillo - coffee laced with brandy
- Ojo patio - space between adjacent buildings
- Palacete - mansion
- Sereno - night watchman
- Trianero/a - person born in Triana

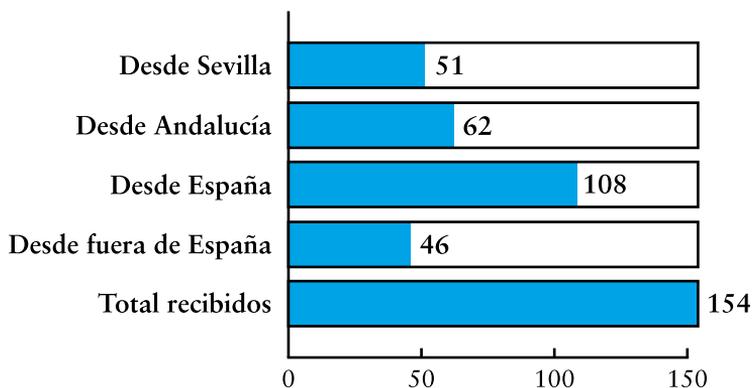




# IV Certamen Literario del Agua de Emasesa

## Participación

La convocatoria del IV Certamen Literario convocado por EMASESA tuvo como respuesta un total de 154 obras presentadas.



Las obras recibidas del extranjero proceden en su mayoría de América (México, Argentina, Cuba, Venezuela Colombia, Perú y USA). En cuanto al género la participación femenina fue de un 57% frente a un 43% de hombres.

## El fallo del jurado

El jurado del IV certamen Literario del agua de EMASESA reunido el 13 de febrero bajo la presidencia del Consejero Delegado de Emasesa, Jesús Maza Burgos, al objeto de fallar los premios emitió el siguiente veredicto: El jurado decidió por unanimidad conceder el **primer premio en la modalidad de relato corto** al relato titulado “El sueño de la viudita de Sanchís”, una relato donde el agua y las cañerías son un medio de comunicación que unen a las personas y que permiten que una anciana solitaria viva una historia de amor con un vecino desconocido a través de las tuberías, recordándonos los cortes de agua durante las sequías. Su autor José Antonio Ramírez Lozano.

El poeta y escritor español José Antonio Ramírez Lozano, Nogales (Badajoz) 1950, gana el primer premio de relato corto del IV Certamen Literario del Agua de EMASESA. José Antonio Ramírez Lozano ha ganado numerosos premios y galardones dentro del panorama literario español. Autor de más de sesenta obras entre poemarios, narrativa y literatura para jóvenes, Ramírez Lozano ha sido merecedor del Ciudad de Badajoz, el Rafael Alberti, el Rosalía de Castro o el Blas de Otero en poesía y del Ateneode Valladolid, el Azorín, el Ciudad de Valencia, el Felipe Trigo o el Jaén de literatura juvenil para su obra narrativa.

El jurado a continuación concedió el **segundo premio de relato corto** al relato titulado “La calle Lealtad”. El argumento nos cuenta una historia ambientada en el popular barrio de Triana, que nos refleja cuales pueden ser las consecuencias del mal uso del agua y sus conducciones, a través de unos peculiares personajes, que sufren una inundación en su local y deben venderlo al quedarse sin clientes.

Su autora **Debra Joan Garber**, nacida en Dublín, Irlanda y residente en Mijas, Málaga. Llegó a España con sus padres a los catorce años, adentrándose desde entonces en la cultura autóctona de su tierra adoptiva, Andalucía. En 1992, montó una empresa de flamenco que organiza conciertos y giras fuera de España, para artistas como Tomatito, Estrella Morente etc. Ha escrito sobre flamenco para varias publicaciones inglesas y americanas. También confecciona libretos de CD, comunicados y programas de mano para espacios escénicos a nivel mundial. Desde 2008, trata de reunir una colección de relatos cortos sobre experiencias vividas durante sus años en Triana. Los relatos están escritos en inglés, su lengua materna. Recientemente, el Dublin Library Service publicó su trabajo “The Workshop”. También ha obtenido el premio In The Write Light en 2008 y forma parte del Newman Writers Group, radicado en Dublin.

En cuanto a la modalidad de cuanto infantil el jurado decidió también por unanimidad dejar el premio desierto.

Emasesa felicita a los/as ganadores/as y agradece a todas las personas participantes en la IV edición del Certamen Literario del Agua su trabajo e interés.



## El jurado del IV Certamen Literario del Agua de Emasesa

Presidente del Jurado:

Jesús Maza Burgos, Consejero Delegado de Emasesa

Componentes del Jurado:

**Antonio Rivero Taravillo** escritor, traductor, ensayista y poeta español (Melilla 1963). Reside desde 1964 en Sevilla, donde ha desarrollado toda su carrera literaria. Ha sido director de la Casa del Libro en Sevilla, y de las revistas Mercurio y El Libro Andaluz. Entre otros ha recibido el Premio Andaluz a la Traducción, el Premio Archivo Hispalense, En 2011 recibió el Premio Feria del Libro de Sevilla, también posee el Premio Comillas de Biografía y recientemente ha recibido el Premio al Mejor ensayo publicado en 2011 del blog de crítica literaria “estado crítico”, por su segunda entrega de la biografía de Luis Cernuda.

**José Luis Rodríguez del Corral** escritor, librero y filólogo español (Morón de la Frontera, Sevilla 1959). Es escritor, librero y filólogo, ganador del XXV Premio La Sonrisa

Vertical con su primera novela “Llámalo deseo”. En 2005 publicó “La Cólera de Atila”, novela que recrea la época terrible y fabulosa en que empezó a configurarse Europa. En 2011 obtuvo el prestigioso premio Café Gijón por su novela Blues de Trafalgar, publicada recientemente.

**Rosa Díaz, poeta y escritora sevillana** (Sevilla 1946) poeta y escritora sevillana Vocal por Sevilla de la Asociación Colegial de Escritores de España, miembro de la Asociación de Críticos Andaluces “Críticos del Sur”, Entre otros ha obtenido los siguientes premios: “José M<sup>a</sup> Morón 1983”, “Barro 1984”, “Ciudad de Alcalá de Guadaíra 1986”, “Ruta de la Plata 1986”, “Ciudad de Alcalá de Henares” 1987”, “Miguel Hernández” 1992” “Aljabi-be” 2000” “Ciudad de Jaén” 2003. La Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, le ha concedido la Medalla de Oro de Don Luis de Góngora y Argote. En la próxima edición de la revista de literatura Zurgay, le dedican un amplio estudio a su poesía firmado por eminentes escritores.

**Eduardo Jorda escritor y poeta palmense.** (Palma de Mallorca 1956) Es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Palma de Mallorca. Tras viajar por diversos países del mundo se afincó en Sevilla en 1989, colabora activamente con diversos periódicos. Es autor de poemas, novelas, traducciones y libros de viajes. En-

tre otros ha obtenido el III premio Málaga de novela de 2007, el XIV premio Viña Alta Río-Café Bretón de 2008, el IV premio de poesía Renacimiento de 2000 y el III premio Ateneo de Sevilla de poesía de 2005.

**Rafael de Cózar Sievert, poeta, pintor y narrador español** (Tetuán, 1951). Doctor en Filología hispánica, y Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Sevilla. Ha obtenido entre otros los siguientes premios: Finalista del premio “Guernica” de novela (Madrid, año 1979), Mención especial del Premio “Elisee” de novela manuscrita, Sevilla, 1981, Finalista de los premios de poesía “Ricardo Molina” de Córdoba y “Rafael Montesinos” de Sevilla. Premio extraordinario de doctorado de la Universidad de Sevilla (1985). Premio “Ciudad de Sevilla” para Tesis doctorales, 1986, Premio “MARIO VARGAS LLOSA” de novela.

**Antonio Cáceres, Jefe del Departamento de Cultura y patrimonio de la Fundación Cajasol.** El programa cultural de la Fundación y Obra Social, orientado a acercar la cultura al mayor número de personas, se estructura en cinco ámbitos: exposiciones, música, cine, teatro y danza y publicaciones. La política de publicaciones de la Fundación y Obra Social atiende a áreas muy diversas tanto humanísticas como científicas y técnicas, incidiendo siempre en la presentación de obras de interés y relevancia social.

## Acto de entrega de premios

El jueves 23 de febrero se celebró el acto de entrega de premios del IV Certamen Literario de EMASESA en su sede social, el Palacio de los Ponce de León y Convento de los Terceros.

Presidió el acto el Consejero Delegado de EMASESA y Presidente del Jurado Literario Jesús Maza Burgos acompañado en la mesa por Rosario Pérez Directora Gerente del ICAS y Valentín Vilanova Director Territorial de Intemon Oxafam para Andalucía y Canarias.



Recogieron los premios José Antonio Ramirez Lozano, ganador del premio relato corto por su obra “El sueño de la viudita de Sanchis” y Debora Joan Garber

ganadora del segundo premio por su relato “La calle Lealtad”, tras recoger los premios ambos hicieron una breve lectura de sus obras.

Durante el acto Andrés Nadal, Director de la Escuela de Escritores Escribes presentó los datos de participación del IV Certamen Literario del Agua, destacando la calidad de los relatos presentados al mismo y su procedencia, un 30% han sido presentados desde el extranjero en concreto la mayoría de América Latina, como ya es tradición al ser un certamen internacional.





# Índice

- 9 Prólogo
- 13 **Primer premio de relato corto**  
El sueño de la viudita de Sanchís
- 27 **Segundo premio de relato corto**  
La calle Lealtad
- Edición Bilingüe Español–Inglés**
- 47 **Primer premio de relato corto**  
The Dream of the Little Widow Sanchís
- 59 **Segundo premio de relato corto**  
Noah’s ark
- 77 **IV Certamen Literario del Agua de Emasesa**  
– Participación  
– El fallo del jurado  
– El jurado del IV Certamen Literario  
del Agua de Emasesa  
– Acto de entrega de premios



La publicación que tiene en sus manos nos presenta las obras ganadoras del IV Certamen Literario del Agua. El certamen de carácter anual tiene como objetivo difundir la idea de la importancia del agua para la vida especialmente en este año que conmemoramos el 50 aniversario de la inauguración de la Estación de Tratamiento de Agua Potable “ETAP El Carambolo” y los 40 años de la creación de EMASESA como sociedad anónima municipal.

Se trata de dos relatos ambientados en la ciudad de Sevilla presentados en edición bilingüe español-inglés que conforma el IV volumen de la Colección de cuentos infantiles y relatos cortos sobre el agua de EMASESA.

